

El sexismo en el lenguaje

JOSÉ MARÍA BECERRA HIRALDO

CATEDRÁTICO DE LENGUA ESPAÑOLA

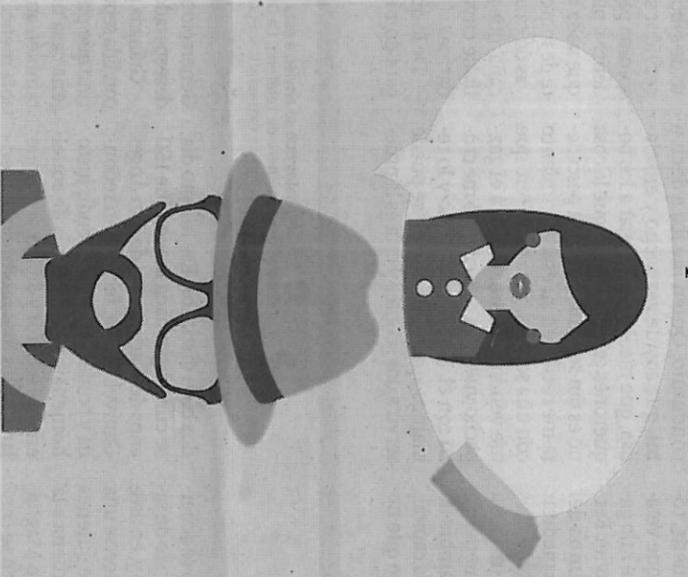
Al término 'sexismo' es definido académicamente como discriminación de personas de un sexo por considerarlo inferior al otro. Aplicado a la lengua, dice Alcaraz Berenguel, el sexismo lingüístico es discriminar las formas de empleo, las expresiones según el sexo hecho por cotidianidad, inercia y naturalidad. Este sexismo comenzó a combatirse a partir de la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en 1975 en México. Se intenta a partir de entonces no caer en el uso de este sexismo lingüístico mejorando la expresión mediante fórmulas fáciles de interiorizar e incluir en la escritura y en el habla.

Para el movimiento feminista la lengua no es neutra. Lo genérico, dice Fanny Rubio, lo neutro, lo universal es patrimonio de todos. El feminismo y la gramática española no se llevan bien; algo que viene de antiguo porque el lenguaje está creado por el hombre y es, como dirían los renacentistas y como dice Soledad de Andrés, androcéntrico en su valor más específico. Ante esto, Rosa Regàs ya se ha dado por vencida en la lucha. Pero no es cierto que la historia la escriban los hombres. Que se lo digan a Carmen Iglesias. Vaya por delante mi convicción, declara Isabel San Sebastián, de que el lenguaje influye decisivamente en la articulación de las ideas; pero cuando por razones ajenas a la lógica de la comunicación se saca un vocablo de su contexto a fin de emplearlo como arma arrojadiza en la batalla política, es fácil caer en lo grotesco, que es exactamente donde ha terminado toda esta patraña de la 'ideología de género'.

En nuestra lengua el género masculino tiene un doble valor: el genérico, si se refiere a los dos géneros; el específico, referido solo a hombres. Es mejor usar el nombre abstracto. Igualmente se tiende a unificar el nombre de las profesiones. Se tiende a no diferenciar las palabras comunes, a escoger oraciones volcadas en lo masculino.

Para el Instituto de la Mujer de la Región de Murcia de la Consejería de Presidencia debe procederse de la forma siguiente. Se designa de forma real tanto a mujeres como a hombres si utilizamos el nombre conjunto o genérico: decir 'el funcionario' en vez de 'los funcionarios', 'el alumado' y no 'los alumnos', 'el estudiantado' y no 'los estudiantes'. Los nombres abstractos pueden tener dos acepciones: 'tutoría' puede referirse a la acción tutorial o a las personas que ejercen dicha actividad; pero los modernos utilizan estos nombres para generalizar: 'se exige diplomatura' en vez de 'se exige ser diplomado'. Anteponen también la palabra 'persona': 'persona discapacitada en vez de discapacitado'. Duplican las palabras mediante el género: 'andaluces y andaluzas', a pesar de las críticas a la intervención de Carmen Romero en jóvenes y jóvenes; o la opinión de Grijelmo respecto a la frase de Julio Anguita: 'nosotros y nosotras' o el parecer de José Antonio Martínez que las considera innecesarias por no añadir nada nuevo. Incluso en el género común duplican los artículos: el/la denunciante, no el denunciante. Evitan el uso de 'el, los,

El feminismo y la gramática española no se llevan bien; algo que viene de antiguo porque el lenguaje está creado por el hombre y es, como dirían los renacentistas y como dice Soledad de Andrés, androcéntrico en su valor más específico



aqueellos' seguidos del relativo mediante el uso de quien: 'quien juzgue será quien determine'. Está aceptado hoy el siguiente axioma: el nombre de las profesiones deben reflejar el nombre de género: jueza. Pero Gil Calvo lo considera vicio lingüístico adoptado por ciertas feministas y difundido por la literatura progresista. Para García Meseguer es sexista decir 'los ingleses' prefieren el té al café'. Las guías, pues, aconsejan con exigencias que esta igualdad debe traducirse claramente en el binomio género/sexo no solo de nombres sino también de oraciones.

¿Felino en cautiverio?

EMILIO DE SANTIAGO

O sea, gato encerrado (mío no, sólo tengo gatas que campan por sus respetos domésticos y de qué manera). Pues sí, parece que lo haya. Al menos, así lo perciben mis aguzadas pituitarias de beduno urbano. Aunque no sea de mi agrado, tengo que entrar en la pomada de este quincallero folclore político español en el que zascandilean, con mutante batiburrillo ideológico, los llamados partidos emergentes y que decir ya de los separatistas. Y no es

que esté que eche las muelas por ninguna opción partidista. Me mantengo siempre en la sensata distancia de mero espectador orteguiano, sin llegar a rozar lo frívolo. Poco me agradan las zahoridas ni manejar el arte del patoteo de los terrutianos televisivos. Sin embargo, persuadido estoy de que algo debo decir al respecto de este inmorral desbarajuste, siquiera para cubrir el expediente de columnista.

Confieso la inquietud por el evidente hecho de que unos pocos (con escaso número de votos y en declive actualmente) mediante el reiteradísimo mantra del 'cambio' -no se sabe muy bien a qué y para qué- invadan el primer plano de la escena política española y trascomen o echen a perder lo poco que se ha conseguido con esfuerzo y sacrificio. Sobre todo, que logren embarcar a la ciudadanía con sus habilidades de farfulleros vendedores de elixires milagrosos del Via-

jo Oeste. El río anda bien revuelto y es el momento idóneo para que saquen ganancia los pescadores de inciertos o desinformados. Por ello, se hace menester saber quien es quien y de qué va. La situación lo reclama con urgencia.

Destaca, con sobrados merecimientos de populismo y tóxica demagogia dignos de mejor causa, el pintoresco líder de Podemos con infutas de avezado politólogo. Salido de la más absoluta nada y desconocimiento académicos, pero aupado, con inusitado impulso, por los parloteos huecos de televisiones afectas y por su frecuentísima presencia en los medios. Como se vale de posturas camaleónicas, resulta puntualmente menos que impoible saber si es el comunismo, la social democracia u otra opción lo que le mola. Desde un principio, propugnó el añojo y protetivo leninismo ('amable') con retoques cosméticos y lo ha preten-

tado, el PSOE no sabe cómo bregar por La Moncloa. Todo por La Moncloa. Poco talentoso, Pedro Sánchez, con la 'cuestión catalana' (RSC), la crisis madrileña de su partido, el binomio Carmena-Carmona y otras dolamnas de cuidado sobre sus espaldas, no ha tenido mejor ocurrencia que escorarse claramente desde el centro izquierda, tan necesario, hasta entablar complicidad con el severo confusionismo de Podemos y sus marcas blancas. (Olvидando la bandera española de fondo, claro). Auténtico alarde de astucia y estratagemal. Edificante modo de desalojar a los populares del Gobierno sumando escños. Una entente cordial parece que ya se está tramando con el 'gran político' (Gabliondo dixit) Igle-Nadie se altere. Tengo para mí que, hasta después de las próximas elecciones decembrinas, el morrongo estará a buen recaudo.